

## SIETE MINUTOS

“Soy una persona real, de carne y hueso, pero la gente se niega a verme”, pensé, justo antes de morir. Si miras a tu alrededor verás personas, miles y miles de personas, algunas altas otras bajas; también las hay menudas o delgadas, o rellenitas o gorditas; con el pelo claro, oscuro o incluso pelirrojo; y, siguiendo los cánones de belleza, feas o guapas. Eso es lo único que la gente ve cuando abre los ojos; pero hay algo que, incluso abriéndolos como platos, las personas se niegan a ver: problemas.

Todos tenemos problemas, por muy perfecta que sea nuestra vida, cada persona lleva sobre sus hombros una carga invisible para los ojos ajenos: traumas, demonios, etc. Unos los tapan mejor y otros los dejan entrever. No he llegado a poder tener demasiada experiencia en esto de la vida, pero no podemos ni debemos juzgar los problemas del resto, porque lo que para mi es insignificante a otro puede suponerle un mundo.

He aquí mis problemas, mi vida... “In my life” de *The Beatles* comenzó a sonar de fondos en el tocadiscos.

Año 2005, Durham, Inglaterra. Archie, Archie Archibald, ese era mi nombre: simple, sencillo y pegadizo. Recién viudo, desesperado, infeliz, y con una renacuaja de seis años a mi cargo; podéis decirlo, no me va a importar, mi vida era, o, se había convertido en un autentico esperpento. Pero empecemos por el principio de la historia. Esta realmente comenzó en un viaje al sur de Inglaterra, a Kent, en el verano del noventa y cuatro. Allí la conocí, a Ellie, bueno, a Eleanor Ashford; pero suena mucho más digno Ellie, ¡no podéis negarlo! Pelinegra, ojos azules y tez pálida, fue lo que se conoce como amor a primera vista. Cinco años más tarde, tras una tienda de discos, una floristería y una casa de piedra, nació mi princesita de ojos azules llamada Aria Ashford. Yo elegí el nombre en honor a mi pasión por la música y ella su apellido para así crear el legado Ahsford. Pero a diferencia de los cuentos de hadas de mi pequeña, este no tuvo el clásico “fueron felices y comieron perdices”. Ellie era como una vela, se quemaba a sí misma para iluminar al resto; en pocas palabras, una extraña enfermedad sanguínea, hace un año..., me dolería el corazón si aún siguiera latiendo.

¿Qué hice a continuación, os preguntarán? Lo que un padre trata de hacer en esas circunstancias, remontar el partido: la jugada no salió precisamente bien. Era un monótono martes, “Beautiful boy”, de Jonh Lennon, sonaba; Aria cantaba alegremente desde el asiento trasero. Yo se la cantaba adaptada, de tal forma que sintiese que la canción le pertenecía y había sido compuesta para ella y no para Sean Lennon. La dejé en casa de los abuelos, tenía una cita “rutinaria” en el médico. Tras medirme y pesarme, justo en ese instante en el que el médico palideció, tosió y comenzó a respirar agitadamente, un nuevo problema se sumó al peso de mis hombros: un tumor cerebral, sí, un Tumor Cerebral, y, lo peor, ¡tenía una hija de seis años a mi cargo! Salí tambaleándome, con el mundo que había tratado de recomponer. Me senté en un banco y traté de respirar, pero... Una extraña figura tomó asiento a mi lado y apoyó sus manos envueltas en seda blanca sobre mi hombro. Mortis Blackwood, ese era su nombre; solo sabía dos cosas de él: llevaba las manos envueltas en unos guantes blancos y tenía los ojos más oscuros que vi en mi vida. Entonces empecé a sentir que los días se alargaban y a la vez se comprimían; era raro; pues nadie te prepara para el día en que te dicen que estás enfermo, mucho menos para cuando llega el momento de darle la noticia a tu hija de seis años. Pensaba que lo difícil era tener un diagnóstico, pero lo verdaderamente duro es todo lo que viene después, la incertidumbre. A veces me sorprendía extrañando cosas tan simples.... Una enfermedad te cambia la vida, pero tener una hija a la vez... te cambia el alma. Pronto comprendí por qué Mortis llevaba siempre las manos tapadas, o por qué sus ojos eran prácticamente negros, o sus vestimentas tan elegantes: esmoquin, bastón y sombrero de copa. No le guardo rencor, sobre todo por lo descolocado que quedó el día que Aria le explicó lo que era un amigo: “Un amigo es alguien por el que harías cualquier cosa”. Creo que llegó a considerarme un buen amigo, lo vi en la oscuridad de sus ojos el día que se quitó los guantes.

Hoy he muerto, un 22 de noviembre de 2005, el día de la música.

Dicen que después de morir el cerebro humano vive siete minutos más, para recordar todo lo bonito vivido.

Estos fueron mis siete minutos.

La última nota se desvaneció, la música calló, la aguja quedó inmóvil... y, con ella, mi corazón.

Ángela González-Solares Méndez de Andrés - 4.º ESO B